



Seix Barral

Fernanda García Lao Guillermo Saccomanno

Los que vienen de la noche





Seix Barral Biblioteca breve

Fernanda García Lao
Guillermo Saccomanno
Los que vienen de la noche

La acción de la noche empieza negando y así se libera del sentido. Las palabras, hormigas que han perdido la cordura.

Exhortación

Vienen cuando la noche se resiste, en el instante en que las cosas quedan bajo esa luz que es y no es. Vienen de la noche. Y así como vienen, seguirán su destino o retornarán. No es que les guste sufrir y lastimar exhibiendo heridas. Es la noche, causa de todos sus males. Acá vienen. Y si vuelven, no discutamos, es porque no toleran el olvido.

Caída

Aquel primer residuo, la serpiente, también era nocturna. Tuvo que ser bajo un cielo oscuro que secreteó en la oreja de la mujer desnuda. El mal es cenital, baja del árbol en la sombra. La lengua ácida se introduce y despierta el apetito. El saber cabe en una manzana. Como regresando de un presentimiento o de una pesadilla, quien vuelve abre los ojos en la mañana con una única aspiración: arruinar el mundo. Acelerar las horas. Cómo. Haciendo una sombra sobre la mañana, inseminando la tarde, para alcanzar con el cuerpo el esplendor de la caída. Giros para volver a la serpiente, esa vieja loca con ideas, que es la espina dorsal de los que sobreviven a la narrativa doméstica de los días.

Temperatura

Uno lo sabe desde que nace. Fíjense en los bebés. Cuando se acerca la noche les sube la fiebre. La hora del lobo, la llaman. Sin embargo, la máxima temperatura la alcanzan a la medianoche. Después, en el amanecer, otra ola de calor. Tal vez la explicación sea la siguiente: lloran porque quieren sacarle jugo a la noche y el instinto les avisa que se termina. A medianoche la fiebre y el llanto recrudecen. Y al acercarse el día, los enerva ese tiempo precioso. Al crecer uno olvida la pasión que despierta la noche. Algunos, los insomnes, conservan el talento a su pesar. Si en vez de dar vueltas en la cama, retorcer el cuello hasta el calambre en la almohada, se dieran cuenta del infinito de posibilidades que les ofrece la noche. Bastaría con que se asomaran. Tampoco es necesario lanzarse a la calle. La noche es generosa y se deja amar aun en una pocilga subterránea. Y si no, miren las ratas. A esta hora se sienten de lo más animadas y felices con su existencia. Ah, si la humanidad les prestara más atención a los bebés y las ratas.

Avidez

Esta mujer parece un sótano de sí misma. Sus ojeras son noctámbulas, se van tragando el rostro. La noche tiene hambre. Hay que verla regresar, a eso de las tres. Para no mirarse, camina a oscuras hasta el baño. Hace pis. Sentada en el inodoro repasa los bares y las bocas. Dos cervezas en el primero, una lengua con gusto a fernet en el segundo, tres ginebras entre los brazos de un rubio desteñido. La cuenta es imposible. Los vasos y los cuerpos hacen fila en su cabeza. El ronroneo residual se hunde contra el silencio. Se comió a varios. Comer habla de agotamiento. Se besa por deseo, se come por necesidad. Ella, la fármica, no desea a nadie. Se lava la cara y se tira en el futón con los ojos abiertos. Hasta que la luz, como una aguja, atraviesa la persiana. Si el departamento brilla, ella duerme.

Enamorados

Caminan por la costanera. Miran las estrellas. Se juran amor eterno mientras suena una cumbia. No les importa que el otro, la otra, tenga sus defectos: la papada, esa barriga, los tobillos gruesos, soriasis. Lo que cuenta es sentirse querido, proyectar un futuro juntos, terreno en la provincia, chalet, jardín, un auto familiar. Qué importa si después la encuentres, lo encuentres, en cuatro patas debajo de la vecina, el vecino. Pero no esta noche mientras piden un choripán, le pasan chimichurri, se hacen un buche con cerveza y se miran a los ojos.

Licencia

A última hora, cuando se cierran las puertas de la iglesia, los santos se liberan de la rutina de adoración, de su función piadosa. Se arreglan los vestidos, soplan las velas y bajan de los altares. Tienen los huesos secos por las miradas ajenas y les lloran los ojos de no poder cerrarlos. Varios pestañeos simultáneos apagan los cirios más altos. Los templos son fríos y los santos están descalzos. Para entrar en calor hacen rondas frenéticas y palmas. La virgen se chupa el escote, que huele a eternidad. Los años han creado una costra de sudor ahí, donde el vestido hace un pliegue. Toman el vino sacro mientras los angelitos se miran perplejos el ombligo, ese hueco que carece de sentido.

Melancolía

Entre las copas vacías, unas cuantas con los bordes sucios de labial, otras tiradas y las que se hicieron añicos en el linóleo del salón alquilado, entre las botellas bebidas, algunas volcadas y otras en baldes ya tibios, entre los últimos acordes del final, cuando casi no quedan conversaciones y una pareja todavía prueba los pasos de un baile ebrio, están esos dos que vuelven a ir al baño a empolvarse la nariz y están también esos otros que, acodados en el mostrador, piden algo más fuerte, uno de resurrección y remate, mientras los derrotados se abrazan, cantan y los que no saben la letra tararean, y están esos que levantan los brazos esgrimiendo sus copas y aquellos otros que se refriegan detrás de una cortina como si no los viéramos, y pronto no habrán de faltar quienes se agarren a trompadas erráticas. Pero nosotros no nos quedamos a ver y caminamos hacia la salida, la escalinata, los jardines y nos perdemos en las calles sorteando los cuerpos envueltos en alfombras mugrientas, tapados por diarios, encharcados en su

meada y, sin embargo, nos perdura en la memoria esa canción como un talismán contra lo que nos espera. La luz fúnebre que se va adueñando del cielo, entre las torres.

Desvelo

Despertar en mitad del sueño con el hocico de un lobo en la cabeza. Prender la luz. Caminar hacia el vaso de agua. El piso helado. La casa como animal a la sombra. Crujen los muebles, las ventanas. El resto de la familia en horizontal, cada uno en su apatía. La boca de los niños. El pis del gato. Quedarse demorado en la cocina, como un tren en la mitad del túnel. En pleno desconcierto. Un pájaro ahí nomás canta el inicio del día. Regresar a la cama como el viajero que vuelve apurado, mandíbula comprimida. Taparse y cerrar los ojos justo en el instante en que suena el despertador. Negación de ese principio, dormir hasta el mediodía. Sin oído a los reclamos.

Negocio

Acá no hay domingos ni feriados. Tenemos madera de todos los tamaños y nos amoldamos a cualquier bolsillo. En los pequeños, los blancos, hacemos un descuento. Nuestro corazón es sensible incluso con los hipócritas que lloran toda la noche. Aunque hay sinceridad a veces, cuesta distinguirla. De tanto escuchar llantos uno termina apreciando los sentimientos auténticos, tan escasos. Si nos ponemos honestos, la sinceridad es la máscara más elegante de la mentira. No se salva nadie. Ni siquiera los que vienen a despedir a un chico. Que la criatura partiera con su final a otra parte, si uno es previsor, tiene su ventaja: no más regalos de compromiso. Adiós Día del Niño, Papá Noel y Reyes Magos. Volviendo a las características de nuestro negocio: alquilamos unas salas velatorias muy acogedoras, frescas en verano, tibias en invierno, ofrecemos café y, en promoción, sándwiches y gaseosas. Los especiales de jamón crudo, queso y tomate son memorables.

Atención

Conviene desarmar algunas convenciones: la noche tiene mala fama, pero las siestas mienten. Son intentos de evocación que no funcionan. La luz es mala, deja en evidencia. A medio vestir y a mitad de la tarde, la siesta oculta una perturbación. Si lo invitan a cabecear, desconfíe. Sepa que el frutito de la tarde es espinoso, tiene una imperfección en la punta. Mejor aguantar hasta el ocaso.

Telepatía

Antes de salir, él afila la navaja. La afila con dedicación y esmero. Agua en la boca. Instrumento de placer letal, paladea su susurro en cada pasada. No para hasta que brilla. Después se pone la campera. Tiempo ideal, llovizna, los faroles titilan en la bruma. Es la hora de salir. Ella lubrica la pistola. Comprueba el mecanismo. La carga y se la coloca en la cintura, cierra el piloto. Después baja a la calle, camina en la garúa. El suspenso la enciende. Él le hace una seña. No imaginaba que encontraría tan pronto a su víctima. Él se lleva la mano al bolsillo. Ella, a la cintura.

Vigilancia

A veces, lo negro se queda de más. Cuerpos tirados, geografía casi muerta, penuria de la luz. La enfermedad, la ruta y el sexo son una misma cosa. La noche es su arteria. Mire cómo se contorsionan: parecen anguilas imposibles de atrapar. No hay carnada que las convenza. Chapotean en los pulmones, sobre los asientos fétidos o bajo las sábanas sucias. Mientras algunos derrochan, otros vigilan la tiniebla. Servidores de la noche son las enfermeras, los conductores y las mucamas. Cambiar apósitos o almohadas, atravesar lo oscuro, funciones de centinela.

Respiración

No un trino ni canto prolongado, más bien un aviso, el lamento furtivo de la oscuridad. Cuando tratás de buscarlo, orientarte, se calla. Y al cantar otra vez, está en otra parte, a tu espalda. No se deja ver nunca. Le pregunté a los vecinos si sabían algo de su naturaleza, pero no supieron contestarme. No lo escuchamos, dijeron. Sin embargo, por la noche, otra vez. Pensé que podía ser una conspiración en mi contra, que ellos se habían complotado para hacerme enloquecer. Querían que terminara pensando que su existencia era una alucinación, pero no. Presten atención. Allí está. No, allí. No me digan que no lo oyen.

Virtud

El arte de no fabricar niños se practica a partir de las tres de la mañana. Los olores permanecen más en el aire después del crepúsculo. El olfato, el oído y el deseo se agudizan. La práctica se realiza sin fines reproductivos. El horario refiere una preferencia. Los melancólicos que aparecen a las tres de la mañana son maestros en la ocultación. Se mimetizan con las sábanas. También tienen talento para la insolencia: provocan, obtienen. Una pelvis así no se olvida.

Astucia

No sólo los años socavan mi prestigio. También están las nuevas tecnologías. Ya ningún chico se asusta cuando los padres me mencionan, cuando los amenazan con mi irrupción. Cuando les garantizan que si no hacen lo que tienen que hacer vendré yo, los malditos se ríen. Pero si les aseguran, como castigo, que no podrán usar sus juguetes cibernéticos, entonces bajan la cabeza, obedecen, se comportan como hijos. No me resigno a este deterioro de mi imagen. Decidido a vengarme, estoy dispuesto a aplicar nuevas estrategias de terror. Les cuento sólo una de las que estoy implementando: por las noches coloco hojitas de afeitar en los toboganes.

Familia

Éstos vienen de revolcarse. No hay más que mirarlos: labios hinchados y barbilla roja de tanto frotarse. Llegan tarde, hace horas que estamos. Saludan, qué asco. Dan besos atrevidos, casi de frente. Yo les saco la cara. Es un momento triste. Él disfruta del rechazo que provocan. La lleva directo al sillón de cuero, y se la traba en las piernas, le olisquea los sobacos. Nosotras, las dolidas, bebemos hasta doblarnos. Por suerte papá descansa en paz, a cajón cerrado.